

CONSPIRACIÓN MAINE

MARIO ESCOBAR GOLDEROS

Colección: Novela Histórica
www.novelanowtilus.com

Título: *Conspiración Maine*
Autor: © Mario Escobar Golderos

© 2006 Ediciones Nowtilus S.L
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 - Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Responsable editorial: Teresa Escarpentier
Coordinador editorial: Sergio Remedios

Diseño y realización de cubiertas: Opal Works
Diseño y realización de interiores: David Borreguero
Producción: Grupo Ros

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la perceptiva autorización.

ISBN10: 84-9763-299-0
ISBN13: 978-849763299-7
Fecha de Publicación: Mayo 2006

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Fareso S.A.
Depósito legal:

Agradecimientos

Este libro ha sido posible gracias a la ayuda de muy buenos amigos, que durante años han leído y repasado mis manuscritos:

A **Miguel Ángel Pérez Santos**, por sus oportunas críticas y su visión global del libro.

A **Manuel Sánchez**, cuyos comentarios y puntualizaciones han mejorado este libro en la forma y en el fondo.

A **Pedro Martín**, que me transmitió grandes dosis de ilusión y optimismo.

A **Sergio Puerta**, que lee pacientemente todo lo que escribo y me anima a seguir adelante.

In Memoriam. A mis padres, que siempre creyeron en mí.

Para Elisabeth, mi mejor mitad, y Andrea, la luz de mis días.

«Y, ¿qué mayor señal puede dar el hombre de su divinidad, que con descubrir cosas de utilidad para otro hombre? Y es hecho cierto que todo inventor de cosas útiles es sumamente amado por Dios, el cual muchas veces, (la providencia) *por medio de un solo hombre, se digna a manifestar cosas rarísimas y escondidas por muchos siglos y ahora por medio del ilustre D. Cristóbal Colón, hombre verdaderamente divino, le ha placido manifestarlo.* Por lo cual, de esto cabe deducir, primeramente que este varón singularísimo fue muy grato al eterno Dios, y, por tanto, se puede afirmar que si hubiese vivido en la Edad Antigua, *no solamente los hombres, por tan magna obra, le habrían contado y puesto en el número de los dioses, más aún le hubiesen hecho el príncipe de éstos.*»

Venecia, 25 de abril de 1571



PRÓLOGO

Washington, 25 de noviembre de 1911

El mal que hacen los hombres los persigue después de muertos; el bien, muchas veces, queda enterrado con sus huesos. En aquella noche, cuando la brisa nocturna dejó paso al estruendo, cientos de diminutos fragmentos de cristal centellearon hasta la cama, como un millar de luciérnagas nocturnas. La Dulce Mañana se acercó descalza hasta la ventana. Sudaba abundantemente y su respiración se aceleró al ver el cielo de la noche iluminado. Todavía se erguían orgullosos los dos largos mástiles y las dos gigantescas chimeneas exhalaban un humo gris formando extrañas figuras. Los aullidos de los marineros parecían distantes; ahogados por las voces del pasillo, donde los clientes y las putas huían despavoridos.

Hércules, todavía somnoliento, se arrastró hasta la ventana y sentándose en el quicio con la mirada perdida, miró sin ver el resplandor que iluminaba la ciudad. Su cuerpo sudoroso se pegaba al marco lleno de diminutos cristales, dejando escapar pequeños hilos de sangre que teñían los cristales hasta convertirlos en rubíes.

—Aquella noche, señores senadores, la sangre de Hércules Guzmán Fox se mezcló con la de nuestros desgraciados compatriotas—dijo el hombre desde el pequeño estrado. La mirada de todos se posó sobre sus manos que revoloteaban a medida que les contaba la historia de los últimos días del imperio español y el nacimiento de una nueva potencia: los Estados Unidos de Norteamérica.

PARTE 1^a

Recordar el *Maine*



CAPÍTULO 1



Madrid, 12 de febrero de 1898

Cuando el tren se detuvo el oficial recogió el equipaje y caminó confuso entre los vapores. De vez en cuando se daba la vuelta y examinaba detenidamente a la variopinta fauna que rondaba por las noches la estación. Figuras harapientas se mezclaban con los pasajeros y algunas meretrices susurraban obscenidades a los caballeros encopetados. Los carteristas se movían con agilidad, introduciendo sus manos debajo de las capas y gabanes de los transeúntes despistados.

Se escuchó un pitido y el bufar de una locomotora al ponerse en marcha y el oficial se alejó de la multitud y tras mirar alrededor, sacó de uno de los bolsillos de la chaqueta un pequeño papel amarillento. Las letras estilizadas no dejaban lugar a dudas, tenía que dirigirse a una calle llamada *Del Pez*, una vez allí, alguien le llevaría delante del presidente.

El aire frío de la noche le golpeó en la cara y se encogió dentro de su ligera chaqueta, acelerando el paso. A la entrada de la estación varias calestras esperaban a los viajeros rezagados. El joven oficial se dirigió a la primera y observó por un momento al cochero casi anciano que parecía dormir bajo un grueso capote negro. En su sombrero podían observarse los reflejos del hielo que comenzaba a cuajar en la visera. El oficial golpeó la

calesa y se metió dentro mientras vociferaba el nombre de la calle. En el interior el aliento se congelaba antes de salir de la garganta, la capota protegía del cielo raso, pero por la parte delantera el frío penetraba dándole directamente en la cara. Una vez acomodado, abrió la maleta, sacó una bufanda y se la enrolló en el cuello. El martilleo de los cascos de los caballos y el bamboleo de la calesa fueron adormilándole, por primera vez se sentía a salvo. Durante el trayecto en tren no se había atrevido a dar ni una cabezadita; en la travesía por el Atlántico tampoco había dormido mucho, obsesionado porque alguien intentara robarle la carta.

Cuando la calesa se detuvo, el conductor lanzó un gruñido y el oficial se despertó sobresaltado. Saltó al exterior y quedó en mitad de las sombras. Unos farolillos a lo lejos tintineaban bajo un cielo entre violeta y azul plomizo. La calle estaba desierta y el silencio era casi absoluto. Los edificios parecían tocarse en algún punto en el infinito, como árboles de un bosque encantado, con inmensas hojas blancas, que colgadas de las fachadas ocultaban la pequeña franja de cielo. Respiró hondo, se detuvo delante del portal y se cercioró de que nadie le seguía. Empujó un poco la verja de hierro y ésta cedió chirriante. El portal se encontraba completamente a oscuras. En el interior olía a orines mezclados con madera podrida. Comenzó a andar despacio, midiendo cada paso. Tropezó con el primer escalón y apoyándose en la pared comenzó a ascender muy despacio, escuchando los crujidos de la madera debajo de sus pies. Al llegar al rellano recorrió a tientas el descansillo antes de tocar algo que parecía madera. Llamó, escuchó unos pasos y la puerta se abrió lentamente con un chirrido, pero en el rellano sólo pudo distinguir una negrura que se dirigía a él en un susurro.

—Pase, rápido.

Entró deprisa, dando un traspié. Al fondo advirtió una luz, y a su lado pudo oler el aliento a alcohol de su interlocutor que le animaba a pasar más adelante. Caminó hacia la luz y penetró en una sala grande que parecía vacía por la penumbra. Tan sólo se distinguía una mesa redonda, encima un quinqué y al lado dos sillas.

—Tome asiento. Estará cansado del largo viaje —dijo el hombre de la puerta, que lentamente empezaba a tomar forma a medida que se acercaba a la luz. El oficial permaneció de pie, con la maleta en la mano. Tenía un ligero dolor en los hombros y con el corazón acelerado logró con voz fatigosa dirigirse al hombre.

—Gracias, pero me gustaría terminar con esto lo antes posible.

—Entiendo. Mucha tensión para usted. No sé cómo han enviado a alguien tan joven.

El oficial se irguió después de dejar la maleta en el suelo y torciendo el gesto contestó al hombre.

—Por lo menos he llegado hasta aquí. Eso debería ser suficiente.

—No se moleste. No quiero ser grosero, pero debido a la importancia de su misión, esperaba a alguien más... maduro.

—Desconozco cuál es la misión, tan sólo sé que tengo que entregar una carta.

—La carta. No se preocupe ahora por la carta. Siéntese y tome algo antes de que nos marchemos —dijo el hombre sentándose. Después se agachó y puso una botella sobre la mesa.

—Gracias, pero no quiero nada. Por favor, me gustaría salir cuanto antes.

—¡Siéntese, maldita sea! ¿Cree que la persona a la que vamos a darle su carta nos recibirá a estas horas?

El oficial se sentó. Su cabeza comenzaba a pensar con claridad y concluyó que aquel hombre tenía razón. Ésas no eran horas de ir a ninguna parte.

—Todos estamos un poco nerviosos, perdone mis palabras.

—No se preocupe. Tiene usted razón.

Su tranquilidad duró apenas unos segundos. Un repentino temor le invadió. Sus manos comenzaron a sudar y empezó a frotarlas contra el pantalón evitando la mirada del hombre.

—No me ha preguntado la contraseña.

—No hace falta. ¿Quién iba a venir a estas horas? Sólo podía ser usted. Yo no esperaba a nadie más.

El oficial se levantó bruscamente y dio un paso atrás, dejando que la silla se estrellara contra las tablas de madera del suelo. El hombre se incorporó despacio y con un gesto le animó a que volviera a sentarse.

—¿Por qué no me preguntó la contraseña? —preguntó el oficial con la voz entrecortada.

—No sea chiquillo. Si quiere se la pregunto ahora. Dígame la contraseña.

—Dígamela usted primero.

—Por favor, ¿es que se ha vuelto loco?

El muchacho empezó a retroceder sin dar la espalda al hombre. Tropezó con su maleta y estuvo a punto de caer de espaldas, pero logró recuperar el equilibrio en el último momento. Se dio la vuelta y comenzó a correr por el pasillo hasta chocar con la puerta. Buscó el cerrojo mientras escuchaba la voz del hombre cada vez más cerca. Abrió la puerta de un portazo y corrió escaleras abajo. Un sonido estrepitoso invadió el portal, tiró de la verja y corrió calle abajo. No sabía adónde se dirigía, pero pensó que lo mejor era alejarse de allí lo antes posible. Intentar que su pista se perdiera entre aquellas callejuelas. Mientras corría las ideas se agolpaban en su mente en forma de imágenes. El capitán dándole la carta, el viaje, aquel hombre. ¿Adónde podía ir ahora? Había puesto la misión en peligro.

Finalmente llegó a una gran plaza flanqueada por arcadas. Dudó unos instantes antes de salir a la luz y cruzar el inmenso espacio abierto, pero al final observó a lo lejos una cantina iluminada. Se dirigió hacia allí con la idea de preguntar por alguna gendarmería, pero apenas había dado unos pasos cuando dos hombres le abordaron. Mientras el más pequeño e inofensivo le cortaba el paso y se dirigía a él; el corpulento le golpeaba con una pequeña porra en la nuca. El oficial se desplomó al primer golpe. Entre los dos hombres le sacaron de la luz rápidamente y le introdujeron en una carroza. En ese momento, el primer rayo de sol atravesó el plomizo cielo de Madrid y la gente comenzó a invadir las calles.

El general Woodford atravesó con paso acelerado todas las salas ricamente decoradas y entró sin llamar en el despacho del secretario. Llevaba poco tiempo en la embajada, apenas seis meses, pero sabía que Young estaba a esas horas sentado en su mesa fumando un cigarrillo mientras leía el *New York Times* del mes anterior.

—¡Esto es inadmisibile! El embajador Lee y esos chupatintas de Washington me están dejando en evidencia. ¿Para qué demonios me ha destinado aquí el presidente? Todo está decidido ya, me entiende Young. No tenemos nada que hacer en Madrid.

—Tranquilícese señor —dijo Young al tiempo que se ponía de pie en señal de firme. Hacía más de diez años que había dejado la Armada, pero cada vez que veía pasar al viejo general, no podía evitar ese comportamiento militar.

—Siéntese, por favor.

—¿Qué ha sucedido general?

—¿Sucedido? —dijo el general sentándose. Después encendió un espléndido puro y no volvió a decir palabra hasta que la primera oleada de humo sacudió sus pulmones y arañó su rasposa garganta. —Primero fue la publicación de esas desafortunadas cartas del embajador español Dupпой en el *New York Journal*; por si esto fuera poco, alguien ha ordenado que el torpedero *Cushing* recale en el puerto de La Habana. ¡Eso es una maldita declaración de guerra! ¿No cree?

—General, todos sabemos que las hostilidades están a punto de estallar. Sólo es cuestión de tiempo.

—McKinley no quiere la guerra. ¡Me entiende! Cuántas veces tengo que repetírselo. Si el presidente deseara la guerra, puedo asegurarle que hacía tiempo que ésta habría empezado. Son esos malditos congresistas y sobre todo Roosevelt, ese condenado loco, el que está metiendo cizaña —dijo el general con la cara amoratada.

—¿Roosevelt? El vicesecretario no tiene ningún poder.

—Ese tipo domina a la secretaría. Long es un pusilánime, no tiene sangre en las venas. Roosevelt tiene el poder que le da Cabot y otros como él, que están deseando echar sus zarpas sobre la isla.

—General, ¿pero no es mejor que sean los nuestros los que se lleven el botín que los españoles? —dijo Young mientras doblaba el periódico y se ponía en pie.

—El presidente opina que no es el momento. La Armada no está preparada y un descalabro militar puede afectar a nuestros intereses en Oriente.

—General, España ha encargado varios barcos a Inglaterra, dentro de poco será más fuerte.

—No sea ridículo Young, tres o cuatro barcos no pueden cambiar nuestra suerte. Pero una actuación precipitada, sí. China está a punto de saltar por los aires, las tensiones entre Rusia y Japón no hacen más que crecer. Ahora debemos centrarnos en Oriente y McKinley lo sabe.

—Nos defenderemos mejor en Oriente si Filipinas es nuestra —contestó Young mientras observaba cómo el cielo plomizo se iba convirtiendo poco a poco en azul intenso.

—Tal y como estamos ahora, sería una manera de regalar el archipiélago al Japón. No, querido amigo. No es tiempo de guerra.

El general se levantó; su cara estaba ahora sonriente y sosegada, la charla le había devuelto a su habitual optimismo. Con paso lento se alejó por el largo pasillo. Young le observó hasta que desapareció de la vista. Se acercó al perchero y después de colocarse el sombrero y el gabán, recogió un alargado bastón negro. Por su mente circularon varias imágenes, pero la que le hizo sentirse pletórico, fue la de imaginar al general huyendo despavorido hasta la estación de trenes para escapar de Madrid, tras declararse la guerra.

Sintió el agua fría y su primera reacción fue levantar las manos y quitarse las gotas que le escurrían por la cara y le velaban los ojos, pero sus manos estaban atadas por detrás a una silla. Se sacudió en la silla pero todo fue inútil. Al levantar la vista contempló lo que parecía el contorno de un hombre corpulento. A su lado, otro individuo mucho más pequeño expulsaba una blanquecina nube de humo que rodeaba la lámpara y terminaba en su cara. Los dos hombres le miraron y cuando estuvieron seguros de que por fin había recuperado el conocimiento, acercaron sus caras a la luz para poder verle de cerca.

—Por fin te has despertado, huevón. Teobaldo, llama al jefe —dijo el hombre pequeño con un marcado acento cubano.

El hombre corpulento se enderezó y con pasos lentos se perdió entre las sombras. Una luz cegadora iluminó por unos segundos la estancia. El oficial sintió una punzada de dolor en los ojos y escuchó el sonido de una puerta al cerrarse.

—Será mejor que te prepares para cantar todo lo que sabes. El jefe no tiene mucha paciencia —dijo el matón mientras mostraba unos dientes negros característicos de los masticadores de tabaco.

El oficial permaneció callado. Apenas podía entender lo que había sucedido en las últimas semanas. Cuando se le pasó por la cabeza la posibilidad de morir sintió un escalofrío. Pero, ¿qué podía decir a estos tipos? No sabía mucho. La verdad es que no sabía nada de nada. Un oficial superior le

había dado una carta que tenía que dar al presidente Práxedes Mateo Sagasta. Un contacto le esperaba en una dirección previamente acordada y le llevaría ante el presidente. ¿Qué más podía decir? Había guardado la carta con un temor reverente y no la había sacado del bolsillo interior del uniforme desde que su barco partió de Matanzas. Una duda le asaltó de repente. Zarandéó su cuerpo y esperó sentir el roce del sobre en la camisa, pero la carta ya no estaba allí. Notó un nudo en la garganta y ganas de echarse a llorar, pero tragó saliva y apartó la mirada de su carcelero. Apenas habían pasado unos segundos desde que el otro hombre se había marchado, pero a él se le hizo una eternidad. La luz intensa volvió a chocar sobre su retina y para cuando pudo recuperar la visión, enfrente de él había tres hombres. Uno de ellos no le era del todo desconocido.

—Nos volvemos a encontrar. Pensé que todo esto iba a ser más fácil —dijo el hombre y miró a un lado y a otro antes de agacharse y poner su cara a pocos centímetros del oficial.

—Señor —dijo el oficial con un hilo de voz tan apagado que tuvo que repetir las palabras para asegurarse de que la voz salía de su garganta. —¿Sabe que... que está cometiendo un delito de alta, de alta traición?

El hombre levantó de las solapas al oficial, zarandéándolo mientras gritaba.

—¡Mira pedacito de mierda! Cada día me tomo un *agua mona* como tú y me meriendo una *agualoja*. Soldadito comemierda, de aquí no vas a salir hasta que me cantes misa en latín. ¿Oíste? —bramó el hombre.

Después de empujarle la silla rebotó y volcó para un lado. Varias patadas violentas terminaron en los costados del joven, que intentaba encogerse a pesar de encontrarse atado de pies y manos.

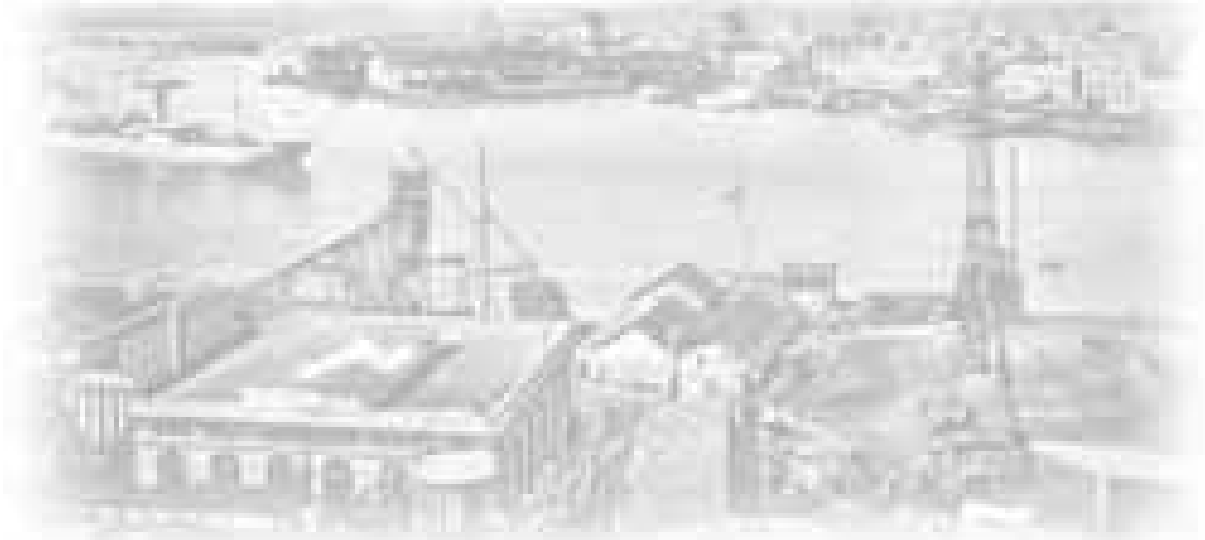
—¡Levantadle!

El dolor era insoportable, intentó pensar en otra cosa, pero los golpes comenzaron con más fuerza. Su mente se puso en blanco y comenzó a suplicar y gritar lo poco que sabía, pero los puñetazos no cesaron. Siguieron, cada vez más fuertes, hasta que comenzó a perder el conocimiento de nuevo.

El carruaje se detuvo justo en medio del puente. La niebla era tan espesa que apenas podía verse la propia mano extendida hacia delante. Dos hombres sacaron un saco y torpemente lo llevaron hasta el borde

del puente. Con un gran esfuerzo lo zarandearon hasta que, en la última sacudida, lo soltaron a la vez. Unos segundos después escucharon el chapoteo del agua y con rapidez subieron al carruaje. El fardo se hundió poco a poco en el agua, pero de la boca entreabierta del saco se escapó una bufanda que comenzó a moverse por la corriente hasta enredarse en unas ramas.

CAPÍTULO 2



La Habana, 15 de febrero de 1898

El marinero de primera Adolfo Sancho hacía guardia aquella noche en el *Alfonso XII*. Las noches parecían interminables a bordo. Nadie con quien charlar y una interminable negrura que lo cubría todo. Tan sólo las farolas de La Habana y las luces del *Legazpi* y el *Maine* arañaban algo de brillo a un mar negro y calmado. Adolfo, harto de cargar el fusil, miró a un lado y al otro, apoyó el mosquetón en la barandilla y sacó un cigarrillo del bolsillo. El sargento acababa de pasar y no volvería antes de una hora. El pitillo le supo a gloria. Aspiró una bocanada de humo y cerró los ojos para concentrar más el placer que inundaba su garganta. Sin darle tiempo a reaccionar, notó un tremendo calor en la nuca, un destello y oyó un estruendo horrible. Instintivamente se agachó, alargó el brazo hacia el fusil, pero éste se le escurrió entre los dedos. Entonces, una segunda explosión más potente lanzó decenas de pequeños destellos por el cielo negro. Adolfo se incorporó y contempló el horripilante espectáculo sin reaccionar hasta que notó que algo caía sobre su espalda. Se giró despacio, al tiempo que su cabeza se inclinaba hacia abajo. Primero le vino un olor a carne quemada que le revolvió el estómago, después observó algo alargado en la cubierta. Se agachó un poco más y lo tocó con la punta del

fusil. La cosa alargada seguía humeante cuando el marinero advirtió cómo brillaba algo. Eso parecía un brazo con sus cinco dedos y un anillo grande y plateado. La revoltura de estómago se convirtió en una repulsiva náusea y Adolfo sintió una arcada, la cabeza comenzó a darle vueltas y vomitó convulsivamente.

El sargento acudió a la cubierta después de escuchar la detonación. El barco se sacudió y tuvo que sujetarse a la escalera para no perder el equilibrio. Corrió por la borda y tiró del cordón de la campana de emergencia. Algo tenía que haber impactado contra el barco, imaginó. Buscó a su alrededor algún indicio de fuego, pero todo parecía en calma. Buscó al guardiamarina pero no vio a nadie. Sólo cuando estuvo encima de Alfonso reparó cómo éste, inclinado hacia delante, vomitaba sobre un trozo de carne chamuscada en cubierta. Entonces levantó la vista y pudo distinguir lo que quedaba del *Maine*. La proa había desaparecido por completo y la popa estaba levantada. Las llamas llenaban gran parte de la cubierta y podía escuchar gritos dispersos en el agua y entre el amasijo de hierros. Cuando volvió a mirar al marinero se dio cuenta de que lo que había sobre la cubierta del *Alfonso XII* era un brazo humano.

El capitán Sigsbee, según declaró a la Comisión de Investigación, se encontraba aquella noche en su cámara escribiendo unas cartas a su esposa, cuando el estruendo le hizo correr escaleras arriba. Sigsbee, a pesar de ser un hombre de cierta edad, no tardó mucho en llegar a lo que quedaba de la cubierta de su barco, con la intención de salvar al resto de la tripulación. Una vez allí, el capitán observó cómo el barco se hundía por la banda de babor. Con un rápido vistazo evaluó los daños. La explosión había levantado gran parte de la proa, desplazándola hacia atrás; destruyendo el mástil y el cañón principal. No tenía mucho tiempo para evacuar a las 354 personas que se encontraban a bordo. Las barcas salvavidas eran pequeñas y tan sólo podían lanzarse al mar las de popa y estribor. La confusión reinaba en cubierta. Los marineros corrían de un lado para otro o se lanzaban por la borda con la esperanza de alcanzar algún barco a nado. Las llamas se extendían con rapidez y el espeso humo gris cegaba los ojos. El capitán lanzó varios gritos hasta que algunos marineros obedeciendo sus órdenes desataron las barcas y las lanzaron al agua.

Unos minutos después, varias barcasas se acercaron para auxiliar a los supervivientes. Los marineros del *Alfonso XII* fueron los primeros en llegar. A la cabeza de cada una de ellas, un marinero con una linterna en la mano alumbraba el camino. Los cuerpos descuartizados de algunos

soldados se confundían con los restos carbonizados del buque. Apenas se escuchaban voces y las luces del incendio comenzaban a sofocarse a medida que el barco se hundía. La negrura comenzaba a cubrirlo todo de nuevo. Los rescatadores intentaban mover los cuerpos con los remos, parecía que todos estaban muertos; hasta que empezaron a ver los primeros hombres con vida. Soltando los remos, cada marinero comenzó a sacar del agua a los supervivientes. El rostro de los náufragos, ennegrecido por el humo y el fuego, no podía ocultar una expresión de terror y desconcierto que se contagiaba a sus salvadores. Las barcas del *City of Washington* y los guardacostas llegaron poco después y extrajeron al resto de los supervivientes del agua.

El soldado guardiamarina Younger fue de los que saltó aquella noche de la cubierta del *Maine*. Al principio intentó nadar hasta el *Alfonso XII* pero cuando empezó a moverse notó que sus brazos no le respondían. Hasta ese momento el pánico le había impedido ver la herida en su hombro. Entonces intentó mantenerse a flote mientras las explosiones se sucedían en el barco y pequeños fragmentos incandescentes caían a su alrededor. A su lado, los cuerpos de varios compañeros muertos flotaban humeantes. Olía a una mezcla de pólvora y carne quemada. En el agua se escuchaba el murmullo del llanto de los supervivientes y los gritos de auxilio, que poco a poco iban apagándose hasta acallarse por completo. Cuando las fuerzas empezaron a fallarle, comenzó a rezar con lágrimas en los ojos. En ese momento una barca pasó muy cerca y con un último aliento gritó pidiendo ayuda. La barca se detuvo y varios brazos le agarraron de la camisa hecha jirones y de su hombro herido, pero la alegría de verse a salvo le anestesió el dolor. El soldado Younger ayudó al resto de rescatadores y atendió a los heridos más graves con su único brazo.

El Almirante Mantorella, jefe del apostadero de La Habana, según su declaración oficial, empujó la silla hacia atrás y corrió hacia la torre de observación. Al llegar, los oficiales de guardia le extendieron el catalejo sin lograr articular palabra. Un barco ardía en el puerto y por la colocación debía ser el *Maine*. El Almirante sabía lo que eso significaba. Cerró los ojos por un momento intentando aclarar sus ideas y ordenó a los oficiales que dispusieran las barcas de rescate. Mientras los oficiales marchaban para cumplir sus órdenes, Mantorella se sentó y empezó a redactar un parte a sus superiores en Madrid. El tiempo corría en su contra. Esa misma noche tenía que salir el barco más rápido de La Habana hacia la Península. El presidente del gobierno tenía que saber urgentemente lo que había ocurrido.

\$50,000 REWARD.—WHO DESTROYED THE MAINE?—\$50,000 REWARD.

NEW YORK JOURNAL
AND ADVERTISER

DESTRUCTION OF THE WAR SHIP MAINE WAS THE WORK OF AN ENEMY

\$50,000!
\$50,000 REWARD!
For the Detection of the
Perpetrator of
the Maine Disaster!

Assistant Secretary Roosevelt
Convinced the Explosion of
the War Ship Was Not
an Accident.

\$50,000!
\$50,000 REWARD!
For the Detection of the
Perpetrator of
the Maine Disaster!

The Journal Photo Shows Proof for the
Conviction of the Criminal Who Sent
221 American Sailors to Their Death,
And Shows Evidence That
the Ship Was Destroyed
in Harbor.



NAVAL OFFICERS THINK THE MAINE WAS DESTROYED BY A SPANISH MINE.

[The following text is a transcription of the newspaper article below the illustration, which is mostly illegible due to the image quality.]

La noticia de la explosión del Maine recorrió todo el mundo. En este periódico neoyorkino se recoge la noticia



Esta ilustración refleja la gravedad de la explosión

Base naval de Cayo Hueso, Florida, 15 de febrero de 1898

El capitán Gleaves contemplaba sin pestañear el telégrafo. Todavía le costaba creer las noticias que le habían comunicado hacía unos minutos en la cubierta de su barco, el *Cushing*. Mientras descansaba en su camarote un cabo le había informado que un hombre quería hablar con él urgentemente. Dejó su Biblia sobre la mesita y poniéndose la chaqueta subió a cubierta. En cuanto le tuvo en frente le reconoció. Aquel tipo era uno de los hombres del servicio secreto que pululaban por Cayo Hueso y La Habana en aquel febrero de 1898.

—Capitán, tengo noticias terribles. Hay que contactar con el Secretario de Marina lo antes posible —dijo el hombre atropelladamente.

Gleaves miró con cierto escepticismo al agente secreto. Hacía apenas tres días había fondeado su barco en el puerto de La Habana y todo parecía muy tranquilo. El capitán Sigsbee le había recibido cordialmente y habían bromeado con echar una partida de cartas el día 17, cuando estaba previsto que el *Maine* dejara Cuba y llegara a la base.

—¿Está usted seguro de lo que dice? —había preguntado Gleaves sin dar crédito a las palabras del espía.

—Sí, señor.

Gleaves había ordenado a un soldado que buscara al capitán de corbeta William Cowels, el oficial más antiguo del barco. Ambos se habían dirigido a la oficina de telégrafos a esperar noticias del *Maine*. Después de varias horas, el tintineo del telégrafo rompió el silencio de la sala. Se trataba de un mensaje no cifrado desde La Habana que debía enviarse inmediatamente al Secretario de Marina.

Maine explosionado en el puerto de La Habana a las nueve cuarenta de esta noche y destruido. Muchos heridos y sin duda más muertos y ahogados... Enviar buques nodriza de Key West para la tripulación... La opinión pública debería reservarse hasta más información. Se cree que todos los oficiales se han salvado...

Sigsbee

Washington, 16 de febrero

En el Departamento de Marina apenas había nadie cuando llegó el telegrama a la una de la madrugada. El capitán de fragata Francis Dickens se encontraba al mando aquella noche por pura casualidad. El jefe del departamento estaba en Santo Domingo y Dickens llevaba varias jornadas entre los papelotes del Negociado de Navegación. La verdad es que no se enteraba de mucho, pero sabía que en unos días volvería a su despacho y, si todo iba bien, en un par de meses estaría de nuevo en un buque que se construía en los astilleros de Nueva York.

Ahora, en mitad de la noche, el capitán sentado y cabizbajo sostenía el telegrama entre los dedos. El soldado que le había traído la noticia le observaba inquieto, intentando adivinar qué pasaba por la mente de

Dickens. El capitán levantó la cabeza y con los ojos enrojecidos se dirigió a su subordinado.

—Hay que mandar un mensaje urgente al presidente.

Aquella madrugada, salieron dos correos urgentes. El primero llegó al hotel Portland, donde el secretario de Marina Long se alojaba. Long no había querido instalarse definitivamente en Washington. Dado lo avanzado de su edad, tan sólo esperaba que la situación en Cuba mejorara un poco para retirarse de la política. El ex congresista y ex gobernador de Massachussets no quería pasar sus últimos años en aquella horrorosa ciudad. Al abrir el sobre con el mensaje urgente y leer la suerte del *Maine* sintió un fuerte dolor en el pecho. Intentó tranquilizarse un poco, el presidente necesitaba su ayuda urgentemente. Descolgó el teléfono y llamó a la Casa Blanca.

La noche del 16 de febrero era gélida. La carroza del secretario cruzaba la capital y el hielo crujía bajo las ruedas, deslizando la trayectoria y obligando a los caballos a frenar a trompicones. En su interior, Long seguía dándole vueltas a la reacción del presidente. McKinley apenas balbuceó algunas palabras al otro lado del teléfono cuando ambos habían hablado. Él tuvo que tomar la decisión de enviar el torpedero *Ericsson* y el crucero acorazado *Nueva York* hacia Cayo Hueso, para que estuvieran listos para intervenir en cualquier momento. Cuando su carruaje pasó delante de la Casa Blanca pudo observar cómo la ventana del Despacho Oval brillaba en la noche.

Long entró en el despacho y encontró al presidente sentado, cabizbajo, con las manos sobre la cara. Se aproximó y cuando estuvo a su altura apoyó la mano sobre su hombro.

—Estimado Long, estaba rezando por todos esos soldados muertos. Usted sabe lo que amo la paz, pero en estas ocasiones debemos actuar con determinación —la voz entrecortada del presidente sonaba grandilocuente aquella noche histórica.

—Señor presidente, nuestro deber es actuar con cordura.

—No me malinterprete. Mi postura sigue siendo la misma, pero ahora la tarea será mucho más ardua.

—El primer paso que debemos dar es ordenar al contralmirante Sicard que comience una investigación —dijo Long. —Hay que llegar hasta el fondo del asunto.

—Pero todo el mundo sabe que Sicard está mal de salud —apuntó una voz que a pesar de no ser la del presidente le sonaba muy familiar al secretario.

Roosevelt se aproximó con largos pasos a los dos hombres. Tenía los cristales de las gafas empañados por el frío, pero su mirada era penetrante y arrogante al mismo tiempo. Long ignoró el comentario y siguió hablando del contralmirante.

—Sicard es nuestro hombre. Un héroe de la Guerra Civil, un gran marino y el comandante en jefe de la Escuadra del Atlántico Norte.

—No se hable más. Señor secretario, póngase inmediatamente en contacto con Sicard —dijo el presidente recuperando toda su energía de repente.

Long abandonó la sala apoyado sobre su bastón. Roosevelt le miró de reojo y se acercó a McKinley.

—Señor presidente, Sicard es demasiado blando. Me temo que los periódicos no estarán de acuerdo con la decisión —comentó el subsecretario.

—Por favor, antes de marcharse puede llamar a Potter, necesito sus servicios.

Roosevelt abandonó la sala refunfuñando y avisó al secretario del presidente. Unos segundos después los dos se encontraban solos en el despacho.

—Amigo, alguien está intentando provocar la guerra con España.

—¿Quién puede hacer una cosa así? —preguntó Potter.

—Hay que enviar a uno de nuestros hombres a La Habana. No podemos fiarnos de la Armada, tiene mucho que perder en este asunto. Necesito un contacto directo.

—Muy bien, señor presidente.

—Además, hay que despachar un mensaje por una vía extraoficial para el presidente del gobierno de España y la reina. Todavía hay una esperanza para la paz.

—¿Digo al S.S.P que se ponga en marcha?

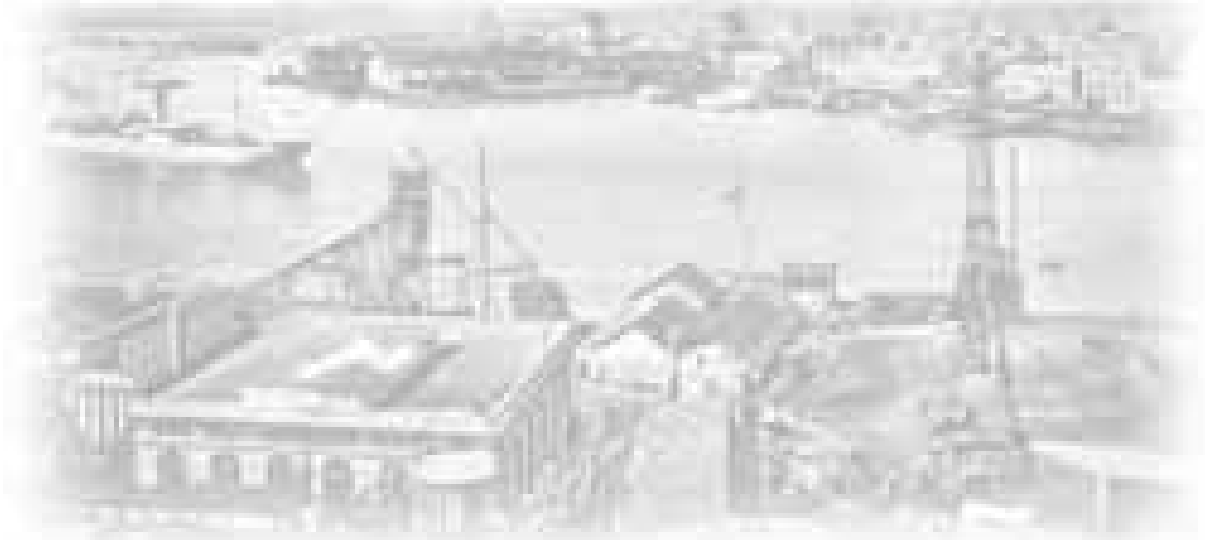
—Me temo que es el momento de que pongamos a prueba al S.S.P. Puede marcharse.

McKinley se quedó solo en la sala. Se acercó a la ventana y observó la noche estrellada sobre el cielo de Washington. El mismo cielo que habían contemplado decenas de presidentes en momentos como aquél, cuando toda la nación estaba en peligro. Su cabeza no dejaba de dar vueltas. ¿Quién podía estar detrás de esa masacre? ¿Los españoles? ¿Los revolucionarios? Muchos miembros de su propio partido eran partidarios de la guerra. Algunos grandes magnates del azúcar movían los hilos en el Senado para que el gobierno dejara su política moderada. ¿En quién podía confiar? Sólo el S.S.P. puede hacerlo —pensó. Muy pocos conocían su existencia, ahora tenía que demostrar hasta qué punto estaban dispuestos a llegar aquellos hombres.



Presidente McKinley, uno de los presidentes menos apreciados de su país

CAPÍTULO 3



La Habana, 18 de febrero

El Almirante Mantorella prefirió presentarse de incógnito aquella mañana en el burdel de «Doña Clotilde». No quería ni pensar lo que sucedería si alguien le veía entrar en aquel antro del puerto. Muchos hombres de la alta sociedad frecuentaban sitios peores que aquél, pero se tomaban la molestia de irse hasta Matanzas, para evitar las críticas. Cuando cruzó la calle no pudo evitar mirar a un lado y a otro. Empujó el portalón y entró. Detrás de la puerta la luz del día se transformaba en una penumbra apenas amortiguada por las lacónicas lámparas de aceite que ennegrecían los techos de aquella casa de lenocinio. Mantorella con paso firme, casi marcial, subió las escaleras y se dirigió directamente a la última puerta del pasillo. Sabía adónde iba. Muchas veces había pensado irrumpir en aquella habitación, pero las dudas le asaltaban. Titubeó unos segundos antes de empujar la puerta. Reconocía que lo que pudiera ver detrás de ella no fuera algo agradable, pero en aquella ocasión cumplía órdenes. En los últimos meses los rumores sobre su amigo se habían extendido por la ciudad. Tenía que ver con sus propios ojos si lo que las comadres andaban murmurando era cierto. Aquel hombre había sido su compañero de armas durante casi diez años y lo consideraba un miembro más de su familia.

La puerta estaba entornada, sólo tuvo que empujar levemente para que se abriera por completo. Olfateó un rancio olor a sudor y alcohol. Intuyó una cama desecha y un cuerpo sobre ella. El ambiente oscuro y cargante no le dejó ver mucho más. La luminosidad penetraba por los cercos de las contraventanas. La estancia era amplia; o por lo menos parecía grande en medio de aquella oscuridad. Se dirigió directamente a la ventana y con un brusco movimiento abrió las dos hojas de par en par. La claridad del mediodía invadió la sala. Al girarse contempló lo que quedaba de su amigo. Un cuerpo inerte sobre una cama de sábanas revueltas. Mantorella se aproximó y pronunció un nombre en alto. Entonces observó las manchas de sangre sobre el blanco amarillento de las sábanas y sintió cómo el corazón se le aceleraba.

—¡Hércules! ¡Por Dios, Hércules! —repitió al tiempo que se inclinaba hacia el cuerpo.

Ni el más leve movimiento, ni la más mínima señal de vida. Al zarrandearlo palpó la piel humedecida por el sudor mezclado con sangre de la espalda. Dios mío, está todavía caliente —pensó. El cuerpo se meneó levemente y comenzó a mover la cabeza.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te has peleado con alguien?

Un hombre con el pelo negro enmarañado y una barba canosa que le cubría todas las facciones, le miró. Los ojos enrojecidos y llenos de legañas eran grandes a pesar de lo hinchados que los tenía y el flequillo que los cubría en parte. Aquel hombre no tenía nada que ver con el capitán Hércules Guzmán Fox, el héroe de la Guerra Chiquita, no pudo más que pensar el Almirante.

—¡Maldita sea! ¿Qué demonios quieres? —gruñó Hércules.

Mantorella se puso en pie. Frunció el ceño y lamentó haber ido. Por muchas vueltas que le daba, sabía que aquello era una mala idea. No podía sacar nada bueno de aquel desecho humano. Un borracho, un traidor, ¿qué esperaba encontrar allí?

—Hércules, tienes que despertar, hay algo importante que tengo que decirte —dijo el Almirante. Al fin y al cabo tenía que informar a Hércules del desgraciado incidente.

—¿Importante? ¿Qué mierda es tan importante para que me saques de mis asuntos? ¿No ves que estoy ocupado? —refunfuñó Hércules apartándose el pelo de la cara e incorporándose en la cama.



Bahía de La Habana vista desde Casa Blanca



Puerto de La Habana, uno de los más importantes del Caribe

—La Marina necesita tu ayuda.

—A la mierda con la Marina.

—La reina necesita tus servicios.

—¿Quieres que te diga qué puedes hacer con tu reina? —contestó Hércules torciendo el gesto.

—Por favor, Hércules no... —dijo Mantorella. Su paciencia tenía un límite y su amigo estaba a punto de traspasarlo.

—¿Has venido hasta aquí sólo para decir esas tonterías? Valiente estúpido. Déjame dormir y perdona que no te acompañe hasta la puerta.

Hércules se dio media vuelta intentando ignorar al Almirante. Mantorella miró a su alrededor, cogió un cubo de agua y lo vació sobre su compañero. Éste saltó de la cama como una fiera, por la cara le corría el agua que se escurría por la barba y empapaba la sucia camiseta.

—Maldito cerdo.

—Bueno, ya que no quieres hacerlo por tu honor. Déjame que te explique algo. Juan ha muerto. ¿Te acuerdas de Juan Santiago?

—¿Juan? —preguntó Hércules dejando de apretar la solapa del Almirante. —Pero si era un chiquillo.

—Hace unas semanas viajó a Madrid, tenía que realizar una misión secreta, pero le interceptaron y ahora está muerto. Encontraron su cuerpo a unos kilómetros de la ciudad, río abajo.

—¿Cómo enviaron a Juan a una misión peligrosa? —dijo Hércules volviendo a cargar contra el Almirante. Le sacaba una cabeza y su musculatura todavía conservaba toda su espectacular forma. Mantorella retrocedió unos pasos, pero todavía seguía atrapado por la solapa.

—Juan era un soldado cumpliendo una misión —dijo el Almirante tratando de zafarse.

—Pero, ¿por qué no elegisteis a otro?

—Él solicitó hacer el servicio.

Hércules liberó a Mantorella y perdiendo toda su fuerza se sentó al borde la cama. Después de la primera reacción, ahora parecía un hombre derrotado que comenzaba a hacerse viejo. Su atractivo natural, su piel morena, pálida por la voluntaria reclusión en el prostíbulo, los ojos

hinchados y ojerosos. El Almirante le lanzó una última ojeada y recogiendo el sombrero del suelo se dirigió hacia la puerta.

—Mantorella —dijo Hércules. —No sé para qué rayos me quiere la Marina, pero si tiene algo que ver con la muerte de Juan, puedes contar conmigo.

Mantorella le contempló unos instantes, sonrió y le contestó.

—Será mejor que hablemos esta tarde. Pero por favor, aséate un poco y ponte un traje —dijo el Almirante mientras miraba de arriba abajo el desastroso aspecto de su amigo.

—¿Dónde nos encontraremos? ¿En el Palacio de los Capitanes Generales?

—¿Estás loco? Ésta es una misión secreta. Te espero en el hotel Inglaterra a las cinco de la tarde. Sé puntual.

Mantorella echó un vistazo de nuevo a Hércules antes de salir de la habitación. En sus ojos verdes pudo contemplar la misma viveza que muchos años antes había observado en la mirada del general Martínez Campos y Maceo aquella mañana en La Sierra, donde se firmó el *Tratado del Zanjón*. En aquel entonces, ellos dos eran un par de jóvenes oficiales idealistas, veinte años después las cosas habían cambiado radicalmente, pero seguía habiendo algo en aquella mirada de soldado derrotado. Algo que, quizás, podía evitar una nueva guerra en Cuba.

Washington, 16 de febrero

La llamada de su superior lo había dejado bien claro. El S.S.P. tenía que ponerse en marcha. Depositó todos los papeles sobre la mesa, se puso el sombrero y se dispuso a cruzar la ciudad en medio de la ola de frío. Sus pasos se perdieron por las calles céntricas hasta que, después de media hora de camino entró en el barrio más pobre de la metrópoli. En aquella zona su cara redonda y blanca era una invitación al robo. La mayoría de los habitantes del otro lado del Potomac eran de raza negra. Muchos de los esclavos del sur habían acudido a la Capital Federal tras la Guerra Civil, como moscas a la miel. En la capital de la libertad habían tenido un recibimiento gélido, teniendo que conformarse con malvivir en las estrechas y embarradas calles al otro lado del distrito de Columbia.

Allí, la monumental Washington perdía su nombre entre los barracones de madera medio derruidos donde se hacinaban miles de personas. Los niños descalzos pisaban los charcos helados y la mayoría de los transeúntes apenas llevaban ropas de abrigo.

El agente George Lincoln parecía uno más entre la multitud de desheredados de color. Lo que no tenía tan claro el jefe de inspectores del S.S.P. era si Lincoln se desenvolvería tan bien en La Habana como lo hacía entre la escoria de su ciudad. En la isla hacía poco menos de treinta años que se había abolido la esclavitud, pero los negros eran tratados como seres inferiores frente a los burgueses criollos y mestizos. Por lo menos dominaba el español; sus dos años de vida en Puerto Rico y sus anteriores misiones en la *Junta Revolucionaria Cubana de Nueva York* le permitían comprender la mentalidad cubana. De todas formas no había tiempo para pensar en otras alternativas. Aquel mismo día Lincoln debía partir hacia la costa y embarcarse en el primer vapor para Cayo Hueso.

El jefe de inspectores subió los tres pisos y llamó a la puerta del departamento 4°. Lincoln le recibió con la camisa a medio abotonar y la cara llena de espuma de afeitar. Todavía jadeante se quitó el sombrero y lo depositó encima de la mesa astillada y coja del minúsculo salón. Aquel cuchitril de madera desgastada y sin barniz era lo más barato que se podía alquilar en la ciudad.

—Jefe, ¿a qué debo el honor? Perdone si no le saco un poco de té para que entre en calor —dijo Lincoln con una sonrisa amplia.

—Te he dicho mil veces que no me llames jefe. Tienes una nueva misión. Sales ahora mismo para Cayo Hueso. Las instrucciones están en este sobre —dijo el supervisor mientras entregaba un sobre cerrado al agente. Aquel negro podía ser muy irónico si se lo proponía, pero en Mississippi, de donde era él, un tipo como Lincoln no hubiera durado mucho vivo.

—Pero jefe, qué es eso tan importante. Ahora mismo estoy llevando un caso. No puedo dejarlo e irme corriendo a Florida —se quejó Lincoln. Las verdaderas oportunidades de ascender se encontraban en Washington; en los últimos años no había hecho otra cosa que ir de un lado para el otro y a la vista estaba que no le había servido para mucho.

—Toma un billete en el barco para Norfolk, allí un buque de la Armada te llevará a la base naval de Cayo Hueso.

El jefe se marchó por donde había venido, dejándole con la palabra en la boca. Lincoln sabía que las órdenes venían de lo más alto y que se esperaba de él que fuera rápido y discreto. Le había costado mucho llegar hasta ese puesto. El S.S.P. era la única agencia que aceptaba hombres de color. Muy pocos sabían de su existencia, la agencia se había fundado dos años antes bajo el mandato del presidente Cleveland y hasta el momento sólo había actuado en apoyo a la independencia de Irlanda, financiando y fomentando las actividades *Irish Home Rule League*, y asistiendo a los revolucionarios cubanos.

La Habana, 18 de febrero

El hotel Inglaterra era uno de los últimos intentos del gobierno español para atraer capital extranjero a Cuba. El edificio no era tan suntuoso y moderno como los hoteles europeos, pero era sin duda el mejor hotel de las Antillas. El edificio de tres alturas con amplias ventanas ocupaba toda una manzana. Los soportales de su fachada principal servían de asiento a diferentes tipos de negocios ambulantes como la venta de periódicos o el lustre de zapatos. Era bastante fácil que uno o varios informadores se escondieran entre toda aquella multitud de limpiabotas, pedigüeños, botones, recaderos y vendedores de todo arte y pelaje. Hércules era consciente de todo ello, al igual que conocía que su amigo Mantorella era un buen hombre y un gran amigo, pero un pésimo agente secreto.

El hall del hotel era sobriamente elegante. Adornado al estilo anglosajón parecía un trocito de Londres en el corazón del Caribe, pero los grandes maceteros con plantas tropicales quitaban protagonismo a las estatuas clásicas, las columnas con sus capiteles corintios y los techos pintados con escenas mitológicas de vivos colores.

Después de atravesar la recepción se dirigió al salón de té. Mantorella se encontraba al fondo, su mirada perdida le daba un aire de oficial prusiano. De civil, el porte marcial y disciplinado se transformaba en una pose altiva y distante. Nada más alejado del verdadero carácter amable del Almirante, aunque su físico gritara lo contrario. Hércules se acercó a la mesa lentamente, rodeó a Mantorella y le abordó por detrás.



El Hotel Inglaterra es uno de los más antiguos de la ciudad

—Perdona, ¿te he asustado? —preguntó Hércules con la mala intención de fastidiar a su amigo. Le gustaba recordarle lo estúpido que estaba en aquel papel de agente secreto.

—Siempre has sido muy sigiloso. El general lo comentaba. Por eso nos llevó aquella mañana al campamento de Maceo —dijo Mantorella evocando sus jornadas en la anterior contienda.

—Comparado contigo. ¿Crees que hemos hecho bien en quedar en un lugar tan público? —dijo Hércules sentándose.

—Nuestra misión es secreta, pero en cuanto comiences a hacer preguntas en la ciudad, todos sabrán lo que buscas.

—Me gustaría contar con unos días de ventaja.

Mantorella no dejaba de mirar de un lado a otro, sus dedos inquietos jugaban con el vaso de té frío, parecía que esperara a alguien más. Repentinamente volvió en sí y miró a su amigo, se inclinó hacia delante y en voz baja le dijo algo que Hércules no llegó a entender.

—No me jodas Mantorella. No cuchichees, pareces un chiquillo.

—Estamos esperando a alguien, un hombre enviado por Washington.

—Y, ¿para qué necesitamos a un *yanqui*?

—No es que lo necesitemos, pero desde Madrid nos han obligado a investigar conjuntamente el caso con los norteamericanos.

—¿Y se puede saber qué es lo que tengo que investigar? No olvides que estoy aquí para encontrar a los asesinos de Juan —refunfuñó Hércules. La corbata le apretaba el gaznate y notaba cómo el sudor le empezaba a correr por la espalda. A pesar de estar abiertas las puertas que daban al frondoso jardín del patio central, no corría nada de brisa y sentía una sed de mil diablos.

—Los asesinos de Juan tienen mucho que ver en todo esto. Sabes que hace dos días explotó un barco norteamericano.

—Llevo mucho tiempo durmiendo de día y bebiendo de noche, pero todo el mundo sabe lo que le ha pasado a ese barco, el *Maine*. Pero, ¿qué tiene que ver ese barco con Juan?

—Mucho, pero eso lo comprenderás más adelante.

Hércules se levantó de la silla y clavando la mirada en su amigo, tocó levemente su sombrero y comenzó a dirigirse a la salida. Mantorella le cogió de la chaqueta y tiró de ella para que volviera a sentarse, pero él se mantuvo de pie.

—¿Dónde demonios vas ahora? —dijo el Almirante levantándose de un salto de su asiento. Ahora los dos estaban de pie en medio de una sala repleta de gente. Notaron cómo cientos de ojos se posaban sobre ellos. Hércules se zafó de Mantorella y señalándole con el dedo índice le dijo:

—Sabía que querías embaucarme con tus embustes. Te expliqué esta mañana que no estoy dispuesto a servir a España ni a la reina, ni...

—Todo tiene relación. Juan murió en una misión que tenía que ver con lo que pasó en el *Maine*. Yo fui el que le envió a Madrid.

—¡Maldito cabrón! —gritó Hércules abalanzándose sobre Mantorella. Todo el mundo se giró para ver el espectáculo, por otro lado muy común en las calles de la ciudad, pero extrañamente exótico para el grupo de norteamericanos, ingleses y alemanes, inquilinos habituales del hotel Inglaterra. Los dos hombres se zarandearon por unos momentos y con un empujón volcaron la mesa y la taza de té se hizo añicos contra el suelo de mármol. Uno de los camareros negros se apresuró a recoger los fragmentos. Hércules miró al camarero y soltó a su amigo.

—Tranquilízate. Será mejor que nos volvamos a sentar. Creo que ahora ya sabe toda La Habana lo que planeamos.

Hércules repasó el salón con la mirada y se sentó; pero las miradas indiscretas de las damas y caballeros del comedor siguieron posadas sobre ellos varios minutos. Permanecieron en silencio, mirándose el uno al otro, sin saber qué decir, hasta que el Almirante comenzó a hablar de nuevo.

—Hércules, precisamos tu ayuda.

—¿Para qué necesitáis a un borracho que hace mucho tiempo que dejó la Armada? ¿No hay un equipo de agentes preparado para ocasiones como ésta? ¿Se os han acabado los jóvenes inocentes, demasiado ingenuos para querer morir todavía por la calaña de terratenientes que dominan esta isla? —dijo Hércules en voz alta mientras dirigía su mirada a las otras mesas.

—La Armada ha abierto una investigación oficial al mando de Pedro del Peral y Caballero, y de Javier de Salas y González.

—¿Se puede saber a quién se le ha ocurrido nombrar a esos dos chupatintas? —preguntó Hércules incorporándose en la silla y recuperando en parte la compostura.

—Yo los he elegido. Son dos buenos oficiales y dos excelentes caballeros.

Mantorella se sorprendió de que su amigo siguiera siendo el mismo tipo arrogante y fanfarrón con el que había perseguido a las jovencitas de los puertos donde hacía escala su barco. Lo que no le sorprendió lo más mínimo es que continuara molesto con Pedro y Javier, ellos fueron dos de los testigos en su consejo de guerra.

—Dos excelentes caballeros. Ése es el problema. Dos caballeritos que harán lo posible por salvar el culo y cuidar sus impecables expedientes. Sabes mejor que yo que no llegarán a ninguna conclusión inteligente.

—Por eso te he elegido a ti. Fuiste el mejor oficial de la Marina; valiente, decidido y endiabladamente inteligente.

—Tú lo has dicho. Fui. Ahora soy un borracho a punto de cruzar la raya de la vejez.

—Ni intentándolo serás capaz de destruir esa mente maravillosa y esa excelente forma física. Cuando éramos más jóvenes todas las criollas de La Habana estaban locas por ti, especialmente las trigueras hijas de los gallegos venidos a más.

—Ahora sólo soy un saco de huesos.

—En cuanto te adecentes un poco y empieces a comer, volverás a ser el mismo. Mira qué pinta llevas. El traje arrugado y lleno de lamparones, esa barba sucia y enmarañada y ese pelo largo.

Mantorella dejó un billete de cinco pesetas sobre la mesa y lo acercó hasta la mano de su amigo.

—Toma esto como un anticipo.



Mantorella fue uno de los oficiales más jóvenes en ocupar el cargo de almirante

Hércules recogió el billete y lo guardó rápidamente en su bolsillo.

—Esto va a cuenta —dijo advirtiendo a su amigo que no aceptaba limosnas.

—A propósito, te he reservado una habitación en este hotel.

—¿Aquí?

—¿Qué pasa, no te gusta?

—¿Pretendes que sea discreto?

—Todo lo contrario. Quiero que pongas nerviosa a mucha gente. Que empiecen a cometer errores y que estés ahí para descubrirlos.

—¿Quieres que me convierta en un cebo? Todos sabemos lo que les pasa a los cebos.

—Mira Hércules, te doy una oportunidad para que vuelvas a comenzar tu vida. Si la pierdes, por lo menos servirá para algo más que para desperdiciarla en un antro de lenocinio.

—Vale, vale. No me sermonees. Creo que ha llegado el hombre que esperabas.

—¿Dónde está? —preguntó Mantorella mientras se volvía. Lo que le impidió ver la amplia sonrisa de Hércules.

—Por favor, Mantorella. ¿Alguna vez has visto a un negro que no fuera vestido de camarero en el salón de té del hotel Inglaterra?

Un individuo de color, vestido con un impecable traje blanco, paseaba entre las mesas. Todos los distinguidos caballeros y damas del salón le observaron con un desdén que hubiera incomodado al ser más tranquilo de la tierra. El hombre caminó con paso decidido como si estuviera acostumbrado a que el mundo entero le despreciara.

—Creo que si lo que querías era que llamásemos la atención, lo has conseguido —dijo Hércules, que apoyado totalmente en su asiento no pudo evitar sonreír a carcajadas.